

# LOS JUDÍOS Y EL ORIGEN DEL SISTEMA FINANCIERO INTERNACIONAL\*

José Luis Fernández Fernández  
Director de la Cátedra de Ética Económica y Empresarial  
Universidad Pontificia de Comillas  
ICAI – ICADE

## Resumen

Desde el punto de vista histórico, los judíos se han dedicado tradicionalmente primero al comercio y luego a la banca y a las finanzas por una razón muy sencilla: era lo que se les permitía hacer y lo que nadie quería hacer en una sociedad que por sus planteamientos religiosos estigmatizaba el préstamo de dinero a rédito. Con este papel, no obstante, los judíos se convirtieron en los financiadores de reyes y notables y llegaron a ser protagonistas del mundo de los negocios con unos postulados que cobran vigencia en nuestros días y que pueden ser muy útiles a la hora de salir de la actual crisis económica internacional.

## Palabras clave

Comercio, dinero a rédito, banca, finanzas, ética.

---

\* El presente texto, convertido en formato próximo al de artículo –al que se le han añadido las referencias bibliográficas tenidas en cuenta para su elaboración inicial-, es la transcripción casi textual –llevada a cabo por María de Miguel- de la conferencia impartida por el autor bajo el título de: “La banca, las finanzas y el pueblo judío”, el día 21 de noviembre de 2013, en la Escuela Diplomática de Madrid, en el marco de un curso organizado por el Instituto de Estudios Israelíes. De ahí el tono oral que el texto mantiene.

## 1. INTRODUCCIÓN

A pesar de ser profesor de Historia de la Empresa y de que el tema de esta presentación me resultaba familiar, confieso que tuve que documentarme a fondo y consultar varias fuentes para captar las claves que nos ayuden a entender un tema históricamente tan complejo como este (Karesh & Hurvitz, 2006; Skolnik & Berenbaum, 2007; Kindleberger, 1984). Comenzaré evocando dos recuerdos literarios de mi infancia: el primero es *El Cantar del Mío Cid* (Anónimo, 2012) y el segundo el personaje de Shylock de *El mercader de Venecia*, una de las obras más representativas de William Shakespeare (Shakespeare, 2010).

Recuerdo que de niño, al leer *El Cantar del Mío Cid*, descubrí un personaje que se llamaba Martín Antolínez, “aquel burgalés de pro”. Martín Antolínez era muy hábil e inteligente y cuando el Cid iba desterrado con sus huestes, obligado a salir de Burgos hacia Valencia, sin dinero, Martín Antolínez fue a hablar con las únicas personas que en Burgos tenían dinero para poder prestárselo al Cid. Eran dos judíos, llamados Raquel y Vidas.

Martín Antolínez les dijo: “amigos míos, el Cid se marcha desterrado por orden del Rey, pero el Cid tiene mucho oro y no va a llevárselo consigo. Lo que necesita es que os quedéis con este arcón lleno de oro como prenda y que a cambio le deis un crédito, un préstamo, por el hecho de poder custodiarlo durante un año”. Raquel y Vidas pidieron a Martín Antolínez que se cerrara un trato justo y se les anunció que el Cid iba a solicitar 600 escudos. Aceptaron y se los dieron.

Tenemos aquí el caso de dos judíos de Burgos con suficiente dinero como para prestárselo al Cid y que este pudiera así, financiar una campaña militar. Este esquema se repetirá muchas veces a lo largo de toda la historia de la presencia judía en Europa.

Mi segundo recuerdo literario es el de William Shakespeare en *El mercader de Venecia*, donde aparece un personaje llamado Shylock, un judío prestamista al que le piden 3.000 ducados. Shylock reflexiona y contesta a quienes le solicitan el dinero: “Vosotros estáis siempre criticándome, llamándome usurero y preguntándome por qué presto dinero a crédito. Y ¿ahora venís a mí a pedirme 3.000 ducados? ¿Qué me vais a dar a cambio? Porque todo lo que me estáis contando son futuribles...”. Y continúa: “Está bien. Os

voy a dar esa cantidad. Pero, por si luego no me pagarais, vamos a firmar un pacto ante notario en virtud del cual yo os pueda arrancar una libra de carne de vuestro cuerpo de la parte que yo elija”. Y de esta forma Shylock pasa a la historia como el arquetipo del usurero desalmado e inmisericorde.

Ahora bien, cuando Shakespeare escribe esto, los judíos hacía ya muchos, muchos años que habían sido expulsados de Inglaterra. Él, naturalmente, toca de oídas. Escribe desde el estereotipo, pues nunca fue testigo de esto ni vio nada parecido. Y sin embargo, como hemos dicho, caricaturiza a Shylock como la personificación del mal.

En todo caso, a lo largo de la historia subyace la idea de que los judíos siempre se dedicaron al préstamo de manera muy especial y la pregunta es ¿por qué? Esta es, precisamente, la pregunta que vamos a tratar de responder en lo que sigue.

## **2. LA ESENCIA DE LO JUDÍO**

Como primer paso en mi investigación, recurrí a la *Israel Science and Technology home page*, donde busqué cuántos premios Nobel de Economía se habían otorgado a judíos. El premio Nobel de Economía, quiero precisar, no existe como tal. Es un premio que no financia la fundación Nobel ni está entre los cinco que dejó Alfred Nobel cuando murió y que son Física, Química, Medicina, Literatura y Paz. El llamado Premio Nobel de Economía empezó a ser concedido en el año 1969, financiado por el Banco Central de Suecia.

He comprobado que desde el año 1970 al año 2012 hubo exactamente 25 premios Nobel de Economía otorgados a investigadores judíos. Cuatro de ellos, precisamente, habían recibido el premio por trabajos realizados en el mundo de la banca y las finanzas. Y de los 25 nobeles judíos, unos son norteamericanos, otros alemanes, algunos rusos, otros más israelíes, y también hay un húngaro y un francés. Y entonces uno se pregunta: ¿cómo puede ser esto? ¿Son judíos o son americanos, alemanes, rusos, húngaros o franceses...?

Y entonces aflora de manera natural una cuestión complementaria: ¿qué se entiende por judío?, ¿qué es un judío?, ¿cuál es la esencia de lo judío? Creo que la respuesta ha de ir en la línea de la asunción voluntaria de una narrativa. Los judíos –incluso los actuales judíos ateos- se han caracterizado por colocarse y colocar su vida en un contexto

narrativo a partir del cual es posible comprender el sentido de la existencia propia, en el marco más amplio de la historia de su pueblo.

Tuve la suerte de toparme con un libro que yo creo que lo explica de modo muy claro y concreto. El libro es de un autor americano, Avi Beker, y se titula *The Chosen*, los escogidos, los elegidos (Beker, 2008). Ese libro me aportó mucha luz para entender cómo es posible que este pueblo, con una historia tan turbulenta y accidentada, haya pervivido a lo largo de los siglos y siga siendo protagonista destacado del progreso de la humanidad. Beker, por cierto, también se refiere en su obra, entre otras cosas, al Holocausto y a cómo es posible entender el mito y la falacia del antisemitismo.

Es necesario, pues, entender el concepto de lo que es un judío para comprender el alcance de la pregunta que nos hemos planteado: *¿por qué los judíos se dedicaron a la banca y a las finanzas de manera tan recurrente y competente a lo largo de la historia?* La respuesta, a mi modo de ver, resulta entonces sencilla: *se dedicaron a lo financiero porque, en su momento fue lo único que se les permitió hacer; es decir, porque no tuvieron más remedio que hacerlo, si quisieron ganarse la vida.* Para explicar esta conclusión haré un recorrido sumario mencionando algunos nombres relevantes a lo largo de la historia de las finanzas y de la banca. Habremos de hacer referencia, sin duda, a aspectos positivos y también a otros negativos, menos presentables. Como no puede ser de otra manera. Pues, si en toda actividad humana es perceptible aquella ambivalencia entre lo positivo y lo negativo, aún resulta casi más evidente en la actividad mercantil y financiera. Pues en este caso, a las luces y sombras habituales del quehacer, les acompañan con frecuencia circunstancias y tesituras en las que la mala praxis encuentra terreno bien abonado en el que enraizar. De sobra lo hemos experimentado en carne propia a lo largo de la crisis que venimos padeciendo desde hace ya varios años. En todo caso, una de las conclusiones a que habremos de llegar – anticipémosla- es que hay una gran parte del *know how* del pueblo judío y de su conocimiento sobre cómo funcionan los mercados financieros que nos puede ser de gran utilidad en el futuro, cuando salgamos de ésta y aprendamos de los errores cometidos.

Cuando escribió *The Chosen*, Avi Beker planteó: *¿Cuál es el principal problema que han tenido los judíos frente a los gentiles?* El problema es que los judíos tienen conciencia de ser un pueblo elegido por Dios para ser luz de las naciones. Igualmente, tienen conciencia de haber firmado un pacto, un convenio con Dios -¡nada menos que con Dios!-. No existe ningún otro pueblo que tenga conciencia de algo remotamente

parecido a ello. Esa es, según Beker, la razón principal por la que tienden a despertar envidia. Esa es la clave que explica que a lo largo del tiempo hayan generado tanto recelo y tanto miedo. Esa es la explicación última que aporta luz sobre el hecho de que a lo largo de los siglos hayan sido tan temidos y, en consecuencia, atacados.

La historia del pueblo judío está repleta de exilios (Rathey, 2002). Si nos remontamos a los tiempos bíblicos, nos encontramos con el pueblo elegido esclavizado en Egipto. Moisés, siguiendo la consigna de Yahvé Dios, trata de liberar a sus hermanos –“*¡Deja a mi pueblo partir!*” Pero es en balde: se topa una y otra vez con la reitera negativa de un faraón remiso a perder mano de obra esclava y experta para la construcción de infraestructuras y obras públicas. Las plagas, como sabemos, ablandan durante un suficiente tiempo, con la fuerza de los hechos, la empeñada voluntad del faraón. Llega entonces la ocasión de la *Pascua*. Tiene lugar entonces *el paso del Señor* –el primer paso, recordado desde entonces hasta el día de hoy año tras año, de manera ininterrumpida- hiriendo a los primogénitos –hombres y ganados- de todas las casas cuyas jambas no estuvieran rociadas con la sangre de un cordero que -a toda prisa, de pie, con las sandalias puestas y el bastón en la mano- se estaba comiendo dentro acompañado hiervas amargas y de panes sin fermentar.

Logra Moisés finalmente sacar a los judíos de Egipto y conducirlos a la *Tierra Prometida*, a la tierra que mana leche y miel... Pero esto es tan sólo el comienzo de los comienzos. Habrían de llegar después los asirios, los babilonios... Habrían de sucederse deportaciones, exilios, esclavitudes... sólo soportables desde los ánimos que los profetas consiguen infundir en el pueblo. Tendrá que tener lugar la construcción y la destrucción del Templo; la nueva construcción y la nueva destrucción. Habrá de sobrevenir la diáspora y con ella, desde entonces, la nostalgia, el recuerdo de Sión, la voluntad de volver a Jerusalén, el deseo de retornar a la Ciudad de David.

Posteriormente, tiene lugar la irrupción de los griegos que, fiados en la supremacía de su cultura y poder, intentan helenizar al pueblo judío empleando también la fuerza de los sátrapas. Buscaron, sin éxito, pervertir y paganizar a un pueblo que no se lo permitió. Los Macabeos, igualmente, no se dejaron paganizar ni cambiar su rumbo. Llegaron después los romanos, los primeros cristianos, la primera época y el siglo II, repleto de persecuciones. En el siglo IV, bajo el poder del emperador Constantino, las persecuciones se agudizaron. Podría decirse que es en ese momento cuando empieza el antisemitismo a presentarse en su modo más feroz.

Con todo, es en el siglo XI, en plena baja Edad Media, cuando tiene lugar el cenit, el momento álgido y cumbre, la Edad de Oro de los judíos en Sefarad, en España (Aguilar & Robertson, 1986). Es sabido cómo entonces cristianos y musulmanes obligaban a los judíos a apostatar de su fe, a *convertirse*. Y es también conocido cómo algunos que formalmente decían mudar de religión, lo hacía sólo en apariencia; esto es: *judaiizaban*. Por lo demás, tanto en uno como en otro caso, tenían vedados los caminos para el ascenso social, por motivos de impureza de sangre. En una circunstancia tan poco favorable, no tenían elección: si querían sobrevivir, tenían que dedicarse a tareas y funciones que los otros no querían.

Pues, como sabemos, en la Edad Media había actividades ocupacionales, había profesiones que nadie quería desempeñar. No era de buen tono ser comerciante, al menos no lo fue durante varios siglos. Tampoco era políticamente correcto, diríamos hoy, dedicarse a juglar, o a medico, cirujano a abogado. Mucho menos, a prostituta. Por necesarias e inevitables que fueran aquellas ocupaciones, formal y oficialmente estaban mal vistas en aquella sociedad. Los judíos –ya lo dijimos- en este contexto tuvieron que ganarse la vida como mejor pudieron.

Acusados injustamente de envenenar el agua de las fuentes, de ser responsables de la peste negra, de asesinar niños para sacarles la sangre, de llevar a efecto ritos sacrílegos... fueron expulsados de España, de Portugal, de Francia, de Hungría, de Nápoles... Los expulsaron también de Inglaterra, como dijimos al principio de estas páginas, mucho antes de que Shakespeare naciera y escribiera sobre mercaderes y Venecia... Pero esto no fue todo: en el siglo XIX tuvo lugar una variación sobre el mismo tema, otra masacre: lo que los rusos denominan los *pogromos*. En aquel caso, sustanciado en ataques salvajes contra las minorías judías, acusándolos de la muerte del Zar. Vemos, pues, cómo la historia se repite y cómo se les vuelve a acusar injustamente, al igual que se les había acusado en la Edad Media.

En definitiva, los judíos han sido con frecuencia presentados en Occidente como los responsables de todos los males (Brustein, 2003; Nirenberg, 2013; Perry & Schweitzer, 2005; Levy, 2005). Sirvieron de cabeza de turco y se les utilizó de manera inmisericorde como chivos expiatorios en pleno siglo XX... tanto por parte de los nazis de Hitler, como por la de los comunistas de Stalin. Había un precedente de funesto pedigrí: el propio Marx, a pesar de ser judío, había arremetido con fiereza contra ellos...

A la vista de estas situaciones históricas, cabe preguntarse otra vez, a modo de *ritornello* desasosegante: ¿Por qué la historia de los judíos ha sido tan accidentada y cómo han conseguido perdurar hasta nuestros días? Y ello no es baladí, toda vez que algunos llegan a sostener que incluso hoy estaríamos ante un peligroso antisemitismo de nuevo cuño. Uno derivado de sectores con mucho poder que no dudan en tratar de intoxicar a la opinión pública afirmando que lo que dice la Biblia está amañado; atreviéndose, en su osadía, incluso a insinuar –cuando no, a afirmar rotundamente- que el Holocausto es un mito; que nunca tuvo lugar cosa parecida; que se trata de una auténtica fabulación (Beker, 2008)... naturalmente, propagada por los judíos para hacer daño a la humanidad (!).

### **3. LOS JUDÍOS, EL COMERCIO Y LAS FINANZAS**

En los apartados anteriores hemos dejado dicho que los judíos habían firmado con Yahvé un pacto mediante el cual Dios les había indicado lo que tenían que hacer. También afirmamos que si finalmente hubieron de acabar dedicándose al mundo de la banca y las finanzas, fue sobre todo porque de algún modo tenían que sobrevivir; de algo tenían que comer, mientras se les cerraban puertas y se les vedaban oficios y ocupaciones exclusivamente reservadas para musulmanes y, sobre todo, para los cristianos. Anteriormente, cuando el comercio no constituía una ocupación deseable y bien reputada, bastantes judíos se habían dedicado al comercio ambulante y al establecido en ciudades como Bolonia, Venecia y algunas otras ciudades italianas. Habían pasado, por así decir, del ejercicio de una actividad comercial itinerante al de otra modalidad mercantil estable. Al llevarse a efecto la *revolución comercial* en el siglo XI; y al expandirse el mercantilismo por Europa, los Estados europeos de reciente creación empezaron a ver que el comercio era un negocio próspero, una actividad buena, un motor del desarrollo económico y del progreso social (Le Goff, 2011). Ya estorbaban los judíos; y entonces en muchos sitios –Bolonia, Venecia, etc.- les impidieron por decreto dedicarse a lo que se habían venido dedicando durante buena parte de la Alta Edad Media; esto es, desde el siglo V al siglo X. ¿Qué hubieron de hacer entonces? Como ya dijimos, orientarse a aquellas otras ocupaciones que nadie quería realizar, pero que, a la luz de las nuevas realidades de la dinámica economía protocapitalista, resultaban imperiosamente necesarias. Es decir: al mundo de las finanzas (North & Thomas, 1990; Clough & Rapp, 1990).

Si nadie –o casi nadie- quería en aquel entonces trabajar en la banca y las finanzas, ello se debía, en esencia, a una dificultad teórica –anclada en una concepción metafísica de la sociedad, leída en clave *teleológica* desde la matriz clásica del aristotelismo *eudaimonista* en materia económica (Koslowski, 1997). Esta dificultad teórica, por lo demás, se prolongaba en un auténtico problema moral: la indeseabilidad ética de prestar dinero y cobrar por ello intereses, habiendo recibido en su momento del prestatario el principal.

La cuestión moral planteada era la legitimidad de cobrar intereses por el dinero prestado, es decir, en razón de qué, *por el uso* que se hacía del dinero, se debería pagar un interés. La consigna era clara: *numus non paret numos...* A la pretensión contraria se la denominaba *usura* y eso, en esencia, consistía en jugar con el tiempo. Ahora bien, el es un bien común, un bien público, algo que nos pertenece a todos (Gómez Camacho, 1998). Dios, creador del tiempo, lo habría entregado para todos los seres humanos: no exclusivamente para que algunos pudieran lucrarse con él, cobrando por ello. *Ergo*: los que cobran intereses por prestar dinero son unos inmorales. Así las cosas, no es de extrañar que la reticencia encontrada entre musulmanes y cristianos del momento a dedicarse a la usura; es decir, al préstamo con interés y al dinero a rédito.

Como es obvio, en aquellos tiempos la Iglesia tenía un gran ascendiente moral y ejercía un fuerte poder sobre las conciencias. ¿Cómo podría alguien dedicarse al préstamo con interés si tenía la condenación eterna garantizada? Una de las soluciones imaginativas que se dio a este dilema ético desde el punto de vista cristiano era acordar una fecha para la devolución del crédito y penalizar con una cantidad de dinero los días que se sobrepasara la fecha estipulada (Le Goff, 2004). Esto constituyó una pequeña trampa que la Iglesia tuvo que ir aceptando porque la economía de aquellos tiempos ya no era la economía antigua de los tiempos de Aristóteles, que escribió que desde el punto de vista de la ética económica, no había título alguno capaz de legitimar el cobro de intereses por el préstamo de dinero.

Ya no era una economía *oiko-nomos*, como en los tiempos clásicos, sino que se había convertido en una economía *cataláctica* y crematística (Aristóteles, 1985). Era una economía dinámica que necesitaba dinero para financiar inversiones. El escenario estaba cambiando, el feudalismo había dado paso a una nueva manera de entender la vida económica y las relaciones mercantiles habían entrado ya por la puerta del capitalismo. Pues, aunque Marx entiende por capitalismo solo el capitalismo a partir de

la primera Revolución Industrial (Marx, 1968), existe un incipiente capitalismo claramente medieval: el capitalismo de los mercaderes (González Enciso, 2011).

A la vista de lo hasta aquí expuesto, podemos concluir que los judíos se dedicaron a las finanzas después de ser eliminados como competidores del mundo mercantil y del comercio porque era lo que nadie quería hacer. Pero, ¿es que los judíos podían prestar dinero cobrando intereses? Aquí yace el punto crucial de la cuestión que tenemos planteada (Neufeld, 2004; Schein, 2003).

La ley judía, la *Halajá* tiene, por así decirlo, dos grandes partes, la ley escrita y la ley oral. La ley escrita es todo lo revelado por Dios a Moisés en el Sinaí. Y luego está la ley que Dios reveló a Moisés y que no está escrita. Hay, por así decir, dos grandes fuentes de la *Halajá*. Una es lo que se llama la Biblia judía o *Tanaj*, que es el acrónimo de *Torá*, *Neviím* y *Ketuvim*. La *Torá* es el Pentateuco, formado por los libros de Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio. *Neviím* son los libros escritos por los profetas y *Ketuvim*, el resto de los libros: Ruth, Esther, El Cantar de los Cantares, los Salmos etcétera (Tanakh, 1985). La ley oral, basada en las interpretaciones rabínicas de los textos sagrados, comenzó a ponerse por escrito desde el siglo I a.C. hasta el siglo III d.C. Se redacta así lo que llaman la *Mishná*, que son comentarios breves o afirmaciones. Más tarde llegará la *Guemará* que son los comentarios que los rabinos hacen a esas afirmaciones breves y de tamaño reducido de la *Mishná*. Por último, podemos mencionar las *Tosafot*, los suplementos adiciones que se redactan hasta el siglo XI (Talmud, 1997).

Si leemos en el Éxodo 22, 24, encontramos: “Si prestas dinero a alguien de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, no le exigirás intereses”. El Levítico 25, 35-37 dice: “Si un hermano tuyo se empobrece y le tiembla la mano en sus tratos contigo, lo mantendrás como forastero o huésped para que pueda vivir junto a ti. No tomaras de él ni interés ni recargo, antes bien sé respetuoso con tu Dios y deja vivir a tu hermano junto a ti”. Además del Levítico, del Éxodo y de Ezequiel, hay que mencionar también el Salmo 15: “Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?” Dios responde que, entre ellos, pueden hospedarse aquellos que no prestan dinero a usura. Teniendo lo anterior en cuenta, parecería que tampoco los judíos podrían prestar dinero con intereses.

El punto clave, no obstante, aparece en el Deuteronomio 23, 20-21, que dice: “No prestarás a interés a tu hermano, sea rédito de dinero o de víveres o de cualquier otra

cosa que produzca interés” (el subrayado es nuestro). Lo que hay que entender aquí es que al extranjero se le puede prestar a interés pero a un hermano no se le prestará a interés, “para que tu Dios te bendiga en todas tus empresas en la tierra en la que vas a entrar para tomarla en posesión”.

De modo que aquí, según se ve, reside la cuestión: A los propios judíos, que son de mi pueblo, no les puedo pedir interés. ¿Por qué?: Porque son de mi familia y nadie pide interés a un hermano o a un padre. A los extranjeros, en cambio, sí se les puede prestar con intereses. Esa es la condición que legitima el hecho de que los judíos tranquilamente se orienten hacia la banca y las finanzas.

Además, desde una consideración axiológico-cultural, para los judíos, tener riquezas y ganar dinero no tenía ningún significado peyorativo, ni constituía desdoro alguno. Antes al contrario, era percibido como algo deseable, bueno en principio. La riqueza material en este sentido era considerada como ocasión para mejor servir a Dios y su Voluntad.

Por el contrario, en la cultura cristiana del momento había una decidida y expresa prevención frente a las riquezas, el dinero y, por extensión, ante el quehacer mercantil - el comercio tiene cierto carácter vergonzante: *quandam turpitudinem habet*- y ante el mundo de los negocios: *Homo mercator nunquam aut vix potest Deo placere* . Es decir: el mercader nunca o muy rara vez puede agradar a Dios... porque se halla inmerso en negocios ilícitos *-illicita negotia-* y en oficios deshonorosos *-inhonesta mercimonia-*, al lado de juglares, prostitutas, carniceros, cocineros, soldados, taberneros, abogados, notarios, jueces, médicos, cirujanos... (Le Goff, 2004: 84-89)

Como sabemos, hay una mentalidad cristiana en aquellos tiempos medievales que favorece la actitud de *fuga mundi* –el *Lacrimarum Valle* de *La Salve*; el “*este mundo es el camino para el otro qu’es morada sin pesar*”, de Jorge Manrique... (Manrique, 2010)- y que se posiciona contra el afán por destacar en el mundo, ya que este mundo no merece la pena. El mundo verdadero, se insiste, no es éste. Por ello, si nos enfrascamos mucho en los afanes de la vida, corremos el riesgo de cegarnos la visión y así perder el rumbo hacia Dios, hacia el más allá, hacia el horizonte al que debiera estar orientada nuestra vida. La pobreza es buena, querida y deseada por los cristianos medievales. Para ellos *Roma* es un acrónimo que no sólo detona a la ciudad, es el trasunto de la Avaricia, como madre de todos los males *-Radix Omnium Malorum*

*Avaritia*, a que hiciera referencia en su día san Pablo en la primera de sus epístolas a Timoteo (1 Tm, 6, 10).

Durante los primeros años del cristianismo y hasta bien entrada la Edad Media, había habido un sutil debate sobre la pregunta ¿cuál de los pecados capitales es el peor? Al principio, tomando causa en el libro del Eclesiástico, pensaron que el peor de los vicios era la soberbia. Más tarde comprendieron que el pecado de los pecados no era el de la soberbia, sino más bien el de la avaricia. Esta pasión por el tener; este deseo de acumular bienes y atesorar riquezas es considerada ahora, tal como acabamos de decir, la auténtica raíz de todos los males (Zamagni, 2009) y algo de lo que todo buen cristiano debía alejarse so pena de perder el alma. De ahí, entre otras cosas, que la usura resultara inaceptable.

Y sin embargo –reiterémoslo- el escenario económico precisaba del lubricante que el mundo de las finanzas le había de suministrar. El terreno, pues, estaba abonado para que los banqueros judíos desempeñaran el papel que las circunstancias históricas, las matrices culturales y todo el universo simbólico medieval les habían de ir asignando con mayor nitidez.

Recapitulando: El Deuteronomio (23, 20-21) es el texto que legitima la práctica del préstamo de dinero a rédito y el que -con las matizaciones que van indicadas más arriba- pone sordina al ejercicio de la usura. Como decimos, éste es el telón de fondo desde el que podemos comprender bien la historia de la banca y las finanzas en relación con el pueblo judío.

Hay una frase de Heinrich Graetz que me parece magistral y vale para entender lo hasta aquí explicado. Viene a decir lo siguiente: *Si la cristiandad había confiscado el cielo para los judíos, el feudalismo hizo lo propio con las tierras*. Pues como es sabido, los judíos no podían poseer tierras. Ahora bien, si un judío no podía poseer tierras ni podía dedicarse al comercio como se había dedicado entre los siglos V y XI, ¿a qué podría dedicarse, entonces?

Como ya dijimos más arriba, la principal –cuando no, única- ocupación que le quedaba expedita era la de dedicarse profesionalmente a prestar dinero y a cobrar por ello como medio de sustento y como proyecto de vida. Ello, naturalmente, implicaba una manera especial de ubicarse en el concierto de la cultura y la sociedad del momento. El éxito constituiría con frecuencia un arma de doble filo, capaz de atraer envidias y celos

frente a una interesada caricatura –no siempre justa, por lo demás- del prestamista usurero, que se enriquece a costa de los demás...

#### **4. ALGUNAS PERSONALIDADES JUDÍAS DEL MUNDO DE LAS FINANZAS A LO LARGO DE LA HISTORIA**

Si avanzamos cronológicamente, vemos que la banca medieval empieza con la práctica del préstamo de dinero a crédito y que a ella se dedican personas de gran potencia económica. El esquema siempre es el mismo. Son personas que, como Raquel y Vidas a las que nos referíamos al comienzo de estas páginas, tienen dinero y están en condiciones de poder prestarlo a los que, careciendo de numerario, tienen sin embargo algún proyecto interesante que financiar. Ya se trate de una empresa mercantil; de la construcción de infraestructuras; o de una aventura bélica o política...

¿Cómo habían atesorado aquellas riquezas? ¿De dónde habían sacado aquel dinero? No hay gran misterio: de la realización de los trabajos que les estaban permitidos -durante muchos años, empleándose en actividades comerciales, vendiendo mercancías-; así como de una sistemática frugalidad y voluntad de ahorro, como condición de supervivencia para épocas de crisis y de vacas flacas. Pareciera como que la interpretación que José hiciera del sueño del faraón, hubiera calado tan hondo en la mentalidad hebrea que conformara una suerte de axioma práctico y consigna de aplicación para la vida económica.

En suma, los judíos medievales en Europa tienen dinero, prestan dinero y cobran por ello. Los reyes cristianos, por lo demás, daban su beneplácito porque con aquellos dineros financiaban las guerras, las construcciones y las obras públicas. Eran, pues, los judíos quienes les proporcionaban la liquidez necesaria para acometer sus proyectos económicos y políticos.

¿Qué recibían los judíos a cambio? La historia se repetía a menudo, en una suerte de: “Te dejo que recaudes los impuestos en estas ciudades durante cinco años, en pago por el préstamo que me haces hoy”... O visto desde la perspectiva del prestamista judío: “Yo te presto esta suma de dinero a ti, a condición de que luego, por ejemplo, tú me permitas a mí cobrar determinados impuestos con los que pueda yo recuperar el principal prestado más una prima por el riesgo que el negocio conlleva”.

De hecho, cuando años más tarde la Iglesia empezó a abrir la mano, a ser más tolerante y a aceptar la legitimidad de la empresa mercantil, lo hizo apelando a razones de justicia

–*stipendium laboris*-, de utilidad pública y de *bien común* –los mercaderes, se viene a decir ahora, trabajan para beneficio de todos, contribuyen a satisfacer necesidades humanas; y ponen en contacto a unos países con otros...

Y por lo que hacía a los negocios bancarios y financieros, hubieron los moralistas de ir encontrando títulos que justificaran aquella dedicación profesional y ese modo de proceder, que tiempo atrás había sido prohibido de manera categórica. Como es sabido, en tal contexto se apela a razones de innegable peso. Se perfilan y matizan para ello conceptos tan potentes como, por ejemplo los de daño emergente –*damnum emergens*-, lucro cesante –*lucrum cessans*-, riesgo –*periculum sortis*-, e incertidumbre –*ratio incertitudinis*.

En resumidas cuentas, el judío ofrecía el dinero al rey o a cualquier otro miembro de la nobleza para que pudieran financiar sus empresas bajo la premisa de cobrarlo con intereses en el futuro. Con frecuencia aquellos prestamistas judíos eran personas muy acaudaladas –más ricas que los propios reyes-, y aun así, se mantenían en una posición extremadamente vulnerable. A menudo los prestatarios, prevaliéndose del poder de que estaban investidos, rehusaban pagar las deudas contraídas, cuando no, yendo más allá, se incautaban arbitrariamente de los bienes de sus financiadores judíos.

Algunos personajes importantes de estos tiempos son por ejemplo Vidal Benveniste da Porta (fallecido en 1268), de origen catalán, que financió distintos proyectos a Jaime I el Conquistador. Le financió campañas militares y hasta incluso la boda de su hija. A cambio de ello, se le confió la gestión de la recaudación de impuestos en Lérida y otras ciudades catalanas durante mucho tiempo. Además, su hermano, que había sido acusado de haber atentado contra la religión cristiana, fue indultado por, como decía el propio rey, “el amor que tengo a tu hermano, Vidal Benveniste da Porta”.

Este esquema de gente adinerada y capaz de financiar a reyes, príncipes y nobles, se repite a lo largo de la historia y en distintos puntos de la geografía europea. Así, en Inglaterra, Aarón de Lincoln (1125-1186) y Aarón de York (1190-1253) financiaban a los reyes e incluso contribuyen con el dinero necesario para llevar a efecto la construcción de algunas abadías cistercienses.

En los siglos XVI y XVII, hubo una eclosión importante de banqueros y financieros judíos. Por un lado están los llamados *marranos*, esto es: habitantes de la península ibérica, españoles y portugueses, que supuestamente habían apostatado del judaísmo y

que, a veces, seguían judaizando. Fuere así siempre o no, lo cierto es que muchos de ellos veían, no obstante, que no tenían un futuro ni social ni personal, ni profesional fácil. De hecho estaban siendo perseguidos de forma sistemática y, con harta frecuencia, eran segregados de toda forma de poder e influencia.

Ante esta situación, casi no les quedaba otra alternativa que abandonar la península ibérica, partir de *Sefarad*. En consecuencia, muchos de ellos se dirigieron a los puertos del Mediterráneo. Otros fueron a Amberes, a Ámsterdam, a Hamburgo. Hubo quienes volvieron a Londres otra vez, tejiendo en todos estos lugares una importante red de intereses. Estos que decimos eran, básicamente, los judíos de origen español, los *sefarditas* o *sefardíes*. También en Alemania, los *askenazíes* -denominación por la que se conoce a los judíos alemanes y de la Europa oriental-, financiaron a los Estados alemanes después de la Guerra de los Treinta Años. En este momento histórico, nos topamos con un personaje que, por sí mismo, por su aventurada vida, merecería una película. Se trata de un hombre excepcional: Don Joseph Nassi (1510-1579).

Don Joseph Nassi, que había nacido en España, vivió en Portugal y se trasladó posteriormente a Amberes con su tío Diego Nassi. Allí hubo de entrar en contacto con los banqueros de los Mendes. Se hizo inmensamente rico y se trasladó a Venecia, donde continuó llevando a efecto grandes negocios que lo hicieron aún más rico. De Venecia pasó a Constantinopla. Allí se amigó íntimo de los máximos mandatarios turcos del momento –primero de Solimán el Magnífico y después, de su hijo Selim segundo- que lo ennoblecieron, nombrándolo sucesivamente conde, duque y señor de Tiberiades. Desde la privilegiada situación que esta circunstancia le suponía, Nassi decidió construir en aquellos territorios asentamientos para judíos de la diáspora. Del poderío económico de Joseph Nassi, por lo demás, da cuenta el hecho de que incluso llegó a financiar proyectos y campañas al propio rey de Francia<sup>1</sup>.

Otra familia de insignes judíos, los Gradis, agrupaba a mercaderes procedentes de España que hubieron de florecer en el siglo XVIII como banqueros en Francia. Dentro de la familia Suasso, Isaac López Suasso era probablemente el hombre con más dinero

---

<sup>1</sup> A propósito de la fascinante historia de Don Joseph Nassi, se ha afirmado que su hermana, Gracia Nassi, fue la que en realidad originó, al casarse, la fortuna de su hermano. Existe una polémica sobre si es ella o Joseph Nassi quien tuvo también la idea de financiar a los judíos que huían de las persecuciones y de la limpieza de sangre en España y Portugal. Su labor fue financiar a los judíos para que pudieran asentarse en Palestina. Estaríamos, por tanto, hablando de la primera protosionista de la historia. Sin embargo, tal vez debido al hecho de tratarse de una mujer, su historia habría quedado oscurecida y encubierta.

de buena parte de Holanda, y uno de los accionistas más importantes de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Carlos II llegó incluso a ennoblecerlo nombrándolo barón.

Hay, sin duda, muchos más judíos que podríamos mencionar en este contexto de la historia de la banca y las finanzas. Ahí estarían, entre otros, los Pintos, del Montes, Bueno de Mesquita, Joseph d'Aguilar... Pero hay una figura especialmente reseñable: don Joseph de la Vega, nacido en 1650 ó 1651.

Fue Joseph de la Vega un judío español –algunos creen que portugués- que también se había trasladado a Amberes –esto lleva a otros a considerarlo holandés- y que en su día hubo de escribir –eso sí: en español- un muy interesante y avanzado libro, titulado: *Confusión de confusiones* (Vega, 2000).

Es un tratado sobre la bolsa, las burbujas especulativas, los engaños, la manipulación de las cotizaciones y el fraude en los mercados de capitales. El título completo es muy ilustrativo: *Confusión de confusiones. Diálogos curiosos entre un Philosopho agudo, un Mercader discreto y un Accionista erudito. Describiendo el negocio de las Acciones, su origen, su etimología, su realidad, su juego y su enredo. Compuesto por Don Joseph de la Vega, que con reverente obsequio lo dedica al Mérito y la Curiosidad del muy ilustre Señor Duarte Núñez da Costa. En Ámsterdam, año 1688.*

La obra fue publicada clandestinamente por Joseph de la Vega para evitar la censura de los rabinos de aquel momento. En todo caso, Joseph de la Vega es un personaje fascinante: hombre de vastos conocimientos en poesía, oratoria y filosofía, encontraba en la escritura un desahogo que compaginaba con su oficio de bolsista y comerciante. Su libro *Confusión de Confusiones* ha sido traducido a varios idiomas y hace gala de tan buen criterio y tan finura de análisis de los intrincados procesos y mecanismos de los mercados financieros, que a veces tiene uno la impresión de que hubiera sido escrito en nuestros días... En todo caso, parece quedar apuntalada en el lector de hoy aquella verdad de Qohélet: *Quod fuit, ipsum est, quod futurum est. Quod factum est, ipsum est, quod faciendum est: nihil sub sole novum* -Lo mismo que fue, eso será. Lo que se hizo, eso mismo se hará; no hay nada nuevo hay bajo el sol (Eclesiastés 1, 9-10)...

El siglo XIX supone un cambio de ritmo en la dinámica de la historia. Hay que reconstruir Europa, luchar contra Napoleón y financiar la Primera Revolución Industrial, basada en la energía proveniente del vapor. El uso del vapor, como es sabido, había comenzado en el siglo XVIII en el Reino Unido. Había empezado con los telares

y pronto se había comprendido que para trabajar a gran escala y construir fábricas de escala óptima, se necesitaba una financiación más potente que la que hasta aquel entonces se llevaba a cabo. Estamos en el momento en que el capitalismo propiamente tal entra en escena con toda su arrolladora fuerza y dinamismo. Es en esos años en los que la banca, las finanzas y la inversión saltan al primer plano de la economía mundial. Sobre todo, había que financiar un negocio que hubo de caracterizar al siglo entero, y que logró, no sólo integrar mercados y acortar distancias, sino también modificar la fisonomía de los países. Nos referimos al ferrocarril, auténtico icono del siglo XIX en los países avanzados. Por lo demás, la Segunda Revolución Industrial, llevada a efecto en aquel entonces se estaba fraguando en torno a la química, al acero, a la electricidad y a la ingeniería. Naturalmente, cada una de aquellas actividades requería de grandes inversiones económicas. Pues bien, en este contexto hubo judíos que hubieron de contribuir de manera muy especial a la financiación de aquellos proyectos propios de las empresas y los negocios típicos de la Segunda Revolución Industrial. Tales fueron, entre otros, por ejemplo, los Pereyra, los Warburg o los Rothschild. Digamos, siquiera sea, una brevísima palabra de cada uno de ellos.

La familia Pereyra procedía de España y se había afincado en Francia. En el siglo XIX, aquí en España, financiaron entre otros proyectos la construcción de la Compañía Hidroeléctrica Nacional de España (CHNE); así como la creación de Gas Madrid y de la Unión y el Fénix. Algunas de estas empresas, como sabemos, todavía existen.

Por su parte, los Warburg eran judíos alemanes que en su momento -cuando gran cantidad de judíos rusos y de los países del Este se trasladaron a América del Norte y a Argentina- decidieron emigrar a los Estados Unidos. A título de anécdota, cabe indicar cómo en el año 1913, un descendiente de la familia que se llamaba Paul Warburg, fue el encargado de diseñar en sus lineamientos fundamentales la estructura del sistema de la Reserva Federal Americana, esto es, del Banco Central de los EE.UU.

Por su parte, la familia Rothschild representa una dinastía muy emprendedora que desde el siglo XVIII hasta nuestros días han venido dedicándose a las finanzas de manera prominente y de forma ininterrumpida. El fundador de la dinastía fue Amschel Moses Bauer, quien había abierto una tienda de antigüedades en el gueto de Frankfurt; y que luego habría de diversificar el negocio, con inversiones mineras que le hicieron inmensamente rico. Dado que la primera tienda, la de antigüedades, estaba ubicada debajo de una escarapela que representaba un escudo rojo –en alemán, *roth* rojo; y

*schild*, escudo- fue éste precisamente el nombre que se acabó adoptando como marca del negocio, primero; y como apellido familiar –Rothschild-, después (Ravage, 1963; Lottman, 2003). De hecho, Meyer Amschel Rothschild, hijo de Amschel Moses Bauer, es el primero de la familia que conocemos con este apellido.

Eran cinco hermanos y todos replicaron el modelo de negocio bancario. Jacob se fue a París, Salomón a Viena, Carl a Nápoles, Amschel se quedó en Frankfurt y el último de los hermanos se fue a Londres: Natán Meyer Rothschild.

Fue precisamente éste último el que hubo de captar de manera más intuitiva y lúcida lo que habría de convertirse en el *core business* de la familia Rothschild; y que en el fondo no es sino un modelo de negocio que consiste en emitir bonos a partir de los cuales conseguir fondos con los que, en última instancia, poder financiar a los gobiernos clientes. Emisión de bonos para conseguir fondos con los que financiar a los gobiernos: tal fue la primera idea que todos los otros hermanos decidieron poner en práctica. Y junto a ello, hay que hacer explícita mención del pacto y de la voluntad decidida de parte de todos ellos para colaborar, ayudarse, trabajar juntos y crear una tupida red de intereses y de apoyos. De este modo, en 1836, los Rothschild eran ya los banqueros más importantes de Europa.

Dado que en Berlín no había ningún hermano Rothshild establecido, sería el también banquero judío concretamente, podemos mencionar a Gerson von Bleichröder. En Berlín no estaban los Rothschild y él creó una especie de filial de negocios de esta firma.

Los Rothschild pronto emprendieron otras actividades fuera del mundo de la banca y las finanzas. Se dedicaron a diversificar sus negocios y, por supuesto, a financiar la construcción de ferrocarriles que en aquellos tiempos estaba siendo acometida en muchos lugares del mundo desarrollado. Se introdujeron en asuntos de ingeniería para financiar la Segunda Revolución Industrial y constituyeron una compañía de exploración y prospectiva de petróleo. El negocio minero los llevó no sólo a la explotación de minas de diamantes y de oro, sino también a explotaciones de cinabrio y mercurio. De hecho, estuvieron en Río Tinto (Huelva), a partir de donde se hicieron con el monopolio del mercurio en toda España. Usaban el mercurio como mineral de auxilio para trabajar con diamantes y otros minerales.

La historia de los cinco hermanos conoció, como ocurre siempre en el mundo de los negocios, algún altibajo. El Banco de Nápoles fue clausurado, por ejemplo, cuando los italianos acometieron la reunificación del país, en 1861.

Durante la Primera y Segunda Guerra Mundial, la vida de los Rothschild, como la de todos los judíos, fue azarosa y turbulenta: Todos hemos leído las historias sobre la confiscación de los bienes y las posesiones de los judíos por parte de los nazis. Incluso en el último tercio del siglo XX -aunque parezca mentira y haya ido en la dirección opuesta a los aires neoliberales del momento-, cuando en el año 1981 ganaron las elecciones los socialistas franceses, François Mitterrand llegó a nacionalizar la banca Rothschild.

Al margen de ello, la familia ha participado activamente en todos los procesos de Oferta Pública de Venta –OPV- de empresas estatales cuando se generalizó en todo el mundo aquella dinámica neoliberal –Reagan, Thatcher...- de vender empresas públicas y de privatizar. Los Rothschild tenían el *know how* y supieron gestionar sus actividades de modo eficiente y ganar cuota de mercado en este entorno.

En la actualidad, tienen empresas en más de 60 países, son filántropos, declarados sionistas y han contribuido a financiar la creación del Estado de Israel. Aunque se sabe que prefieren no tener mucha visibilidad pública, sin embargo siguen siendo objeto de crítica y de difamaciones.

## **5. LA CRISIS ECONÓMICA DE 2008**

Ahora es obligado abordar la parte más desagradable de este trabajo y citar dos ejemplos concretos de praxis cuestionable. Uno es el de Goldman Sachs y otro el de Bernard Madoff. Bernard Madoff alardeaba, y además es cierto, de ser judío. Era un hombre muy famoso y con mucho poder económico. Tenía una fama fundamentada en el éxito de sus negocios como inversor de dinero de clientes acaudalados de todo el mundo. ¿Cuál era la clave de su éxito? ¿Qué habilidad particular tenía para invertir en negocios tan lucrativos, tales que ningún otro agente en el mundo era capaz de enriquecer a sus clientes en tal grado como él lo hacía?...

La clave, al parecer, estaba en que había organizado lo que en el argot de los iniciados se denomina un esquema piramidal Ponzi. Diseñada esa estructura, los que se encuentran en la cúpula perciben grandes cantidades de dinero. Ello produce un efecto

llamada a que entren por la base otros, ilusionados con la perspectiva de ganar ellos también tanto como los primeros. De hecho, la clave de la jugada está en que son precisamente esos que se van incorporando al esquema, los que van financiando a los de arriba, hasta que llega un momento en el que los que entran ven que nadie más entra por debajo y que ya no hay quien mantenga el flujo del negocio. Entonces buscan desengancharse, desinvertir, salir del negocio. Piden lo que se les debe; pero entonces - ¡oh, sorpresa!-, resulta que no hay dinero para ello. ¿Habrá sido ésta la explicación de una ola de suicidios entre millonarios alrededor del mundo durante los años 2004 y 2005? Sea de ello lo que sea, lo que sí es cierto es que, durante el *caso Madoff* quedó claro que había habido gente muy adinerada que habría sufrido cuantiosas pérdidas económicas.

Madoff era un tramposo, al igual que los miembros de la cúpula de Goldman Sachs. Greg Smith era el vicepresidente para Europa de Goldman Sachs y el día 14 de marzo de 2012 escribió un artículo en *The New York Times* explicando “Por qué voy a abandonar Goldman Sachs”. Afirmaba que había entrado a trabajar en un banco que propugnaba los valores de liderazgo y que ponía al cliente en el centro de todas las actividades. La cultura del banco era tal que incluso si el beneficio del cliente implicaba menores ganancias para la organización, se aceptaba porque el banco se debía al bien del cliente. Smith se lamentaba de que con el paso del tiempo, el cliente hubiera pasado a ser considerado como un objeto a costa del cual lucrarse sin escrúpulos. Smith decía que él era quien reclutaba a los jóvenes para entrar en el banco y que, como ya no tenía valor para decirles que se trataba de un buen sitio para poder trabajar, creía en conciencia que tenía que irse. Y concluía: el único modo de remontar el vuelo, era volver a ser otra vez serios y responsables.

## **6. CONCLUSIÓN**

Cerremos estas consideraciones diciendo como conclusión que el mundo de las finanzas y de la banca es absolutamente necesario para una economía dinámica y moderna como la que tenemos en la actualidad y que ha venido desarrollándose en Occidente al menos desde la Baja Edad Media, en pleno siglo X. Ahora bien, dicho lo anterior, habríamos de añadir a renglón seguido que ni la banca ni las finanzas debieran ser consideradas como fines en sí mismas: tienen más bien un carácter de medio y, en consecuencia, debieran naturalmente estar al servicio de la llamada economía real. Son medios

indispensables y absolutamente necesarios; pero medios, al fin y a la postre. Por ello, habría que recuperar el norte y ubicar a aquellas instituciones en sus coordenadas verdaderas, fundadas, en todo caso, sobre la base de la dimensión ética de la actividad financiera (Boatright, 1999; Fernández Fernández, 2004; Soros, 2012).

En tal sentido, es un hecho que se puede aprender mucho de los judíos y de la mentalidad judía -pragmática, innovadora, acostumbrada a correr riesgos y a empezar de cero. Encontré hace poco tiempo un artículo de una colega judía norteamericana sobre las propuestas de hace 2500 años para la nueva construcción del sistema económico financiero y bancario mundial (Lippman, 2008) tras la crisis. Lo leí y efectivamente hay muchas cosas que tienen plena vigencia y que hay que volver a recuperar hoy porque en su tradición hay muchas enseñanzas que podrían ser aprovechadas en la reconstrucción de un sistema financiero más eficiente y justo, al servicio de la economía real y del desarrollo humano.

Para concluir con optimismo, quisiera contarles un cuento, permítanme relatarles una suerte de parábola hebrea que el otro día me contó un colega judío. Venía a decir lo siguiente: Había una habitación con cuatro velas encendidas. Una de ellas dijo: “Yo soy la paz pero como en el mundo hay tanta guerra, tanta destrucción y tanto odio, yo no pinto nada aquí y me apago”. Una segunda vela dijo: “Yo soy la fe pero como hoy ya nadie parece fiarse de nadie ni de nadie; como son tantos los que no creen ni en Dios ni en nada, yo me apago también”. La tercera dijo: “Yo soy la caridad pero aquí todo el mundo es egoísta y va a lo suyo, nadie quiere al prójimo. Yo tampoco tengo cabida en la historia humana. No me queda más remedio que apagarme o dejarme extinguir”. En ese momento entró en la penumbrosa habitación un niño pequeño, llorando porque tenía miedo a la oscuridad. Entonces la vela que estaba encendida le dijo: “No te preocupes, pequeño, que yo no me voy a apagar. Voy a estar aquí esperando hasta que vengan tus padres a recogerte. Te permito que, si quieres, enciendas con mi llama las otras tres velas para que puedas tener más luz. Yo soy la esperanza”.

Este cuento me gustó mucho. El mundo de las finanzas es un mundo complicado y turbulento. La crisis que padecemos fue una crisis especulativa originada en la actividad financiera y en las hipotecas *subprime*. Ahora somos conscientes de la situación en la que estamos y de donde no sabemos si acabaremos saliendo tan pronto como quisiéramos. Ahora bien, mantengo que lo último que debemos perder es la esperanza. Remontaremos, sin duda, la situación actual de crisis económica. Pero, en paralelo,

convendría que aprendiéramos la lección ética y social que la crisis nos enseña. En tal sentido, los *tesoros de sabiduría* acumulados durante siglos por parte del pueblo judío, “cuya Alianza con Dios jamás ha sido revocada” (Francisco, 2013: 186) pueden muy seguramente sernos de guía para todo ello.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilar, M., & Robertson, I. (1986). *España judía. Guía*. Madrid: Altalena.
- Anónimo. (2012). *Cantar de Mío Cid (Colección Austral)*. Barcelona: Espasa .
- Aristóteles. (1985). *Política (vol. I y II)*. Barcelona: Orbis.
- Beker, A. (2008). *The Chosen. The History of an Idea, and the Anatomy of an Obsession*. New York: Palgrave-MacMillan.
- Boatright, J. R. (1999). *Ethics in Finance*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Brustein, W. I. (2003). *Roots of Hate. Anti-Semitism in Europe before the Holocaust*. New York: Cambridge University Press.
- Clough, S. B., & Rapp, R. T. (1990). *Historia económica de Europa. El desarrollo económico de la civilización occidental*. Barcelona: Ediciones Omega.
- Fernández Fernández, J. L. (2004). *Finanzas y Ética. La dimensión moral de la actividad financiera y el Gobierno Corporativo*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- Francisco, P. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Valladolid: Verbo Divino.
- Gómez Camacho, F. (1998). *Economía y Filosofía Moral: La formación del pensamiento económico europeo en la Escolástica Española*. Madrid: Síntesis.
- González Enciso, A. (2011). *El nacimiento del capitalismo en Europa*. Ediciones Eunat.
- Karesh, S., & Hurvitz, M. M. (2006). *Encyclopedia of Judaism*. New York: Facts on File.
- Kindleberger, C. P. (1984). *A Financial History of Western Europe*. London: George Allen & Unwin.
- Koslowski, P. (1997). *La Ética del Capitalismo*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Le Goff, J. (2011). *¿Nació Europa en la Edad Media?* Barcelona: Crítica.

- Le Goff, J. (2004). *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Madrid: Alianza Editorial.
- Levy, R. S. (2005). *Antisemitism: a historical encyclopedia of prejudice and persecution*. Santa Barbara (California): ABC-CLIO .
- Lippman, E. J. (2008). Biblical Safeguards and Traditions as Potential Guidance for the Lending of Monies. *Journal of Business Ethics* (78) , 109-120.
- Lottman, H. (2003). *Los Rothschild. Historia de una dinastía*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Manrique, J. (2010). Coplas de don Jorge Manrique (sic) por la muerte de su padre. En J. Manrique, *Cancionero* (págs. 89-110). Barcelona: Espasa.
- Marx, C. (1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política (II)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política (III)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, C. (1968). *El Capital. Crítica de la Economía Política I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Neufeld, E. (2004). The Prohibitions against Loans in Ancient Hebrew Laws. *Hebrew Union College Annual* (26.01) , 355-370.
- Nirenberg, D. (2013). *Anti-Judaism. The Western Tradition*. New York-London: W. W. Norton & Company.
- North, D. C., & Thomas, R. P. (1990). *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Perry, M., & Schweitzer, F. M. (2005). *Antisemitism. Myth and Hate from Antiquity to the Present*. New York: Palgrave-MacMillan.
- Rathey, B. K. (2002). *Los hebreos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ravage, M. E. (1963). *Cinco hombres de Francfort (La historia de los Rothshild)*. Madrid: Espasa-Calpe (Colección Austral).
- Schein, A. (2003). Of Biblical Interest, Brotherhood, and Clarity. *International Journal of Social Economics, Bradford*, 30 (7/8) , 788-798.
- Shakespeare, W. (2010). *El mercader de Venecia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Skolnik, F., & Berenbaum, M. (2007). *Encyclopaedia Juadaica (Second Edition)*. New York-Jerusalem: Thomson Gale and Keter Publishing House.

Soros, G. (2012). *La tormenta financiera. Por qué los mercados sólo pueden sobrevivir con reglas*. Barcelona: Destino.

Talmud. (1997). *Talmud Bavli Metzia, The Schottenstein Edition*. New York: Mesorah Publications.

Tanakh, T. (1985). *The Holy Scriptures*. Philadelphia: The Jewish Publication Society.

Vega, J. d. (2000). *Confusión de confusiones. Diálogos curiosos. Entre un Filósofo agudo, un Mercader discreto y un Accionista erudito. Desciviendo el negocio de las Acciones...* Madrid: Universidad Europea-CEES Ediciones.

Zamagni, S. (2009). *Avarizia. La passione dell'avere*. Bologna: Il Mulino.